

en esa bruma de la vida oscura,
formada de altivez y de bajeza,
de injusticia, de envidia y de impostura.

X

Y ahora que sabemos
que lleva la bondad á esos extremos,
ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
— ¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios? —
¡En el día del Juicio lo veremos!

CANTO SEGUNDO

JUAN SOLDADO

I

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
de laureles ceñido;
y aunque llega, cual veis, tan mal vestido
del campo del honor y de la gloria,
la luz del iris en su pecho brilla,
pues lleva en él colgadas
dos cruces encarnadas,
una blanca, otra azul y otra amarilla.

II

Fué tan grande de Juan la bizzaría,
que Pedro Antonio de Alarcón decía
que en Tetuán se batió como una fiera,
llevando en la batalla por bandera
un pañuelo de hierbas de María;
y añadía de Juan, que se quedaban
de lágrimas sus ojos arrasados,
si alguna vez, luchando, destrozaban
un sembrado de trigo los soldados;
porque era tan buenazo,
que cuando airado para herir movía
aquel fornido brazo,
tan solamente daba, si podía,
en vez de una estocada un puñetazo;
así es que un día, exento de despecho,
de su fama en desdoro,
por no romperle la cabeza á un moro,
por poco el moro le atraviesa el pecho.

III

¡Dichoso Juan, que viene
ignorando en sus santas ilusiones
que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene
la razón de los muchos batallones,
y que, volviendo vencedor del moro,
ostenta sus laureles
sin presumir que, cuando falta el oro,
la gloria y el honor son oropeles!

Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,
feliz con su uniforme de jilguero,
el axioma profundo
de que, pese al rencor del mundo entero,
toda la gloria militar del mundo
no vale ni la vida de un rancharo;
por lo cual dejaremos que la historia
cuente de Juan el indomable brío,
porque yo, lector mío,
tengo el honor de despreciar la gloria.

IV

Ya al volver Juan, era doctor su hermano,
quien, después que se hubo hecho
médico-cirujano
y estudió sin provecho
lo material del organismo humano,
en clínica aprendió cuatro patrañas;
mas siendo al parecer un hombre grande,
ni siquiera observó como Lalande
que saben á avellanas las arañas;
y aunque el caso que cuento es horroroso,
hasta su mismo padre embelesado,
viendo á Pedro hecho un médico famoso
se acordaba de Juan avergonzado;
y no falta en la aldea quien opina
que la madre murió de gozo loca
de pensar que era Pedro en Medicina
un *Cortezo*, un *Corral* ó un *Sánchez Toca*.
Y ¡cuán grande es del hombre la simpleza!
después que, ya famoso, probó el cura
de Pedro la antiquísima nobleza,
conforme á la verdad de la figura
de un árbol genealógico que empieza
saliendo de una nube muy oscura,
los arqueólogos dieron
por cosa averiguada,
que los tales Fernández no salieron,
como todos los seres, de la nada,
y el maestro de escuela
probó también con árboles pintados
que su décima abuela
tuvo un poco que ver con dos cruzados.

V

Pero ¿y Maruja? Como Juan creía
que era invención del diablo la escritura,
temiendo de la tropa la ironía,
no escribió á su futura
la más pequeña frase
porque el cabó furriel no se enterase
de la inmensa pasión que le tenía;

así es que no sabía
la historia lastimera
de que muriendo un día
el tío que en América vivía,
á su novia dejó por heredera,
pasando así Maruja á ser María.

Después, Pedro Fernández Palomino,
tenaz persecutor del sexo bello,
como tenía el tino
de coger la ocasión por el cabello,
faltando á la ternura y al decoro
de Juan, ausente, escamoteó el destino,
con el ansia feroz de un campesino
que buscarse en el Sil pepitas de oro.
Y aunque ella no era hermosa,
como hace el oro hasta á la fea bella,
después que fué María poderosa
resolvió Pedro enamorarse de ella.
Y María, con ánimo sereno,
para no hacer á su riqueza agravio,
no se casó con Juan, aunque era bueno;
con Pedro se casó, porque era sabio:
y cierta frase del doctor explica
esta exclusión del vencedor del moro:
¿Cómo se ha de casar con una rica
quien nunca ha visto una moneda de oro?
María era algo tosca; pero ahora
que tiene una fortuna y un marido,
pasando de aldeana á gran señora,
mudó de piel, se puso otro vestido,
y hoy, teniendo María
un corazón que late por oficio,
mira pasar en procesión tardía,
sin ninguna virtud y ningún vicio,
un día y otro día y otro día:
y como ya actualmente
no ha de llevar el cántaro á la fuente,
se fastidia pensando en su riqueza,
y muy feliz bosteza
y vuelve á bostezar dichosamente.
Resultado: que Pedro, hombre profundo
más bien que en lo divino en lo profano,
se casó con la novia de su hermano,
y cual siempre sucede en este mundo,
aunque esto clama al cielo, clama en vano.

VI

Todo esto, corregido y aumentado,
al llegar á su pueblo Juan soldado
se lo contó con gracia extraordinaria
un quinto de Sevilla
que cree que es el gazpacho con guindilla
el *summum* de la ciencia culinaria.

Mirando al relator con extrañeza,
á pesar de su hercúlea fortaleza,
al oír cada frase
se quedaba el buen Juan cual si girase
un rayo en derredor de su cabeza,
y por instinto, al fin, creyendo ciertos
los hechos del cronista sevillano,
se echó angustiado al corazón la mano,
y mano y corazón quedaron yertos:
y al ir á andar, turbado,
dió vueltas como un hombre enajenado,
y emprendiendo una marcha, igual al vuelo
de un pájaro atontado,
tambaleando de un lado al otro lado,
resbaló, miró al cielo,
y al caer, desplomado,
se dió con la cabeza contra el suelo.
Y cuando Juan, herido,
fué á casa del albéitar conducido,
dos pobres del más pobre populacho
le sirvieron de apoyo;
y aunque algún sabio dijo — es un borracho, —
las hijas y los hijos del arroyo
decían viendo á Juan: — ¡pobre muchacho! —
Y en medio del dolor que Juan sentía,
las sienes con las manos se apretaba,
y nombraba á María,
y por más que su nombre maldecía,
no queriendo quererla, la adoraba.

VII

Mientras Juan en un lecho, cabizbajo,
sólo piensa, entre sábanas metido,
en hacer que se olvide que ha existido,
lo cual le costará poco trabajo,
maldice en su quebranto
la ingratitud de aquella
por la cual sabe bien el cielo santo
cuántas veces comió, pensando en ella,
el pan de munición bañado en llanto.

VIII

Pensando siempre Juan, como yo pienso,
que, al morir, todo el que ama
siente un cariño inmenso,
porque el amor sin dicha es un incienso
que hace eternas las vidas que embalsama,
bendiciendo su estrella,
— ¡Mejor — dijo cual nunca enternecido; —
si hoy me muero, ya en sombra convertido
viviré cerca de él y cerca de ella! —

Y es que la fe en amar un imposible
no acaba con la vida que declina,
porque el amor es una sal divina
que produce una sed inextinguible,
por lo cual con su angélica inocencia
y su inmensa bondad, que ya es paciencia,
Juan aspira á querer después de muerto...
¡Dios mío! ¿será cierto
que el amor sobrevive á la existencia?

IX

Después que Juan soldado
al hallarse vendido
sintió su corazón, ya lacerado,
por un frío mortal entumecido,
un helado sudor bañó su frente,
y luego, tiernamente,
recordando la casa de su padre,
recitó mentalmente
cierta oración que le enseñó su madre;
y como al cielo su dolor eleva
oír el cielo esta vez sus agonías...
Aunque hay días de prueba
y está muy lejos Dios en esos días.

X

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,
fijando en el albéitar la mirada,
más blanco ya que el lienzo de la almohada,
cada aliento que exhala es un sollozo;
y en postración sombría
cuando Juan respiraba todavía,
como todos los tristes miró al cielo,
y exclamó:—¡Adiós, María!—
en tanto que lucía
muy cerca de su herida un escalpelo.
Y ya el dolor de su alma, confundido
con el temor de una incisión sangrienta,
unió á la fiebre del amor vendido
la fiebre de una muerte violenta;
por lo cual, Juan rendido
cayó, en su puro amor desvanecido,
de la vida en el último desmayo...
¡En negar el olvido
Dios es más duro que en forjar el rayo!

XI

¡Así perdiendo á su adorado dueño,
Juan, al volver triunfante de la guerra,
cayendo de la cúspide de un sueño,
dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

CANTO TERCERO

JUAN DE LAS VIÑAS

I

¡Qué estrella tan fatal! sin duda alguna
hubiese sido humano
que al tiempo de nacer, cualquiera mano
volcase sobre Juan su propia cuna;
aunque hoy por su fortuna,
el viejo cirujano,
que es también el albéitar de la aldea,
á Juan curó de modo
que puso en un gran crédito la idea
de que vino y jamón lo curan todo.
Y entrando ya en la vida cotidiana,
aparte del hechizo
que le causó la voz de la campana
que tocó en su bautizo
y que en su entierro tocará mañana,
supo Juan, al volver de su desmayo,
la muerte de su madre, y que vivía
su padre, haciendo casi de lacayo,
en Madrid con su hermano y con María;
porque siempre, medidas al arrullo
de ideas ambiciosas,
se agrupan las familias por orgullo,
y las dispersa Dios por orgullosas.

II

Y como Juan cuando se fué á la guerra,
más bien que la esperanza de la gloria,
por todos los espacios de la tierra
llevaba á su lugar en la memoria,
fué á ver con diligencia
los sitios de sus penas y placeres;
pero, después de su gloriosa ausencia,
aunque en forma variada, halló en la esencia
los mismos hechos y los mismos seres;
pues siempre, como ley de la existencia,
las cosas sucediéndose á las cosas,
las flores crían granos,
los granos van á rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas;
y cambiándose en odios los amores,
formando vidas nuevas de las viejas,
las abejas se comen á las flores,
los pájaros después á las abejas;
y así implacablemente
en incesante rueda
va siendo todo igual; y es diferente,
y todo va pasando, y todo queda.

III

Fijo Juan en la idea
de honrar siempre á una imagen adorada,
va á ver al cementerio de la aldea
la tumba en que su madre está enterrada.
Pero ¡oh rigor del hado!
el mismo enterrador que la ha inhumado
no recuerda siquiera
dónde, de prisa y de cualquier manera,
enterró aquella madre tan querida;
y á Juan, al ver perdida
la imagen, más que todas, hechicera,
le da el frío moral una ronquera
que después le duró toda su vida;
y entre lágrimas, ora
por la madre que adora,
teniendo sólo al cielo por testigo,
secándose las lágrimas que llora
con un jirón de una bandera mora
conquistada por él al enemigo.
Y después, resignado,
sobre un resto de lápida sentado,
ambos codos clavando en las rodillas,
sostiene con las manos las mejillas,
y volviendo la vista á lo pasado,
de las memorias de su infancia lleno,
recuerda con más pena que alegría
las veces que su madre le decía,
como si fuese un monstruo:— Juan, sé bueno:—
y, cual si aun fuera su bondad escasa,
promete ser más bueno todavía
por la memoria del postrero día
en que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
el sitio en que su madre fué enterrada,
cuando ya lentamente
sumergía las cosas en la nada
la sombra, inmensamente prolongada
por un sol que se hundía en Occidente,
al volverse al lugar, meditabundo,
de confusiones lleno,
con la mayor ingenuidad del mundo,
se decía á sí mismo: «¿Y qué es ser bueno?»

IV

Unos días después de su llegada,
con menos pena que ira,
al pasar por la casa de su amada
no la quiere mirar, pero la mira;
y hasta, adulando á su esperanza vana,
á sí mismo se enseña
una puerta pequeña,
que hace á un tiempo de puerta y de ventana,

recordando dichoso la mañana
en que, turbado, requebró á María,
mientras ella comía,
oyendo hablar de amor, una manzana.
Y siempre de la dueña enamorado,
unos días de frente, otros de lado,
cuidadoso investiga
piedra por piedra ese rincón amado...
No está más preso un pájaro en la liga
que el pobre Juan á su cariño atado.
Y el día en que consigue
pasar ante la casa sin ser visto,
como si hubiese en lo interior un Cristo,
hace un saludo á la ventana, y sigue;
mas sigue convencido
de que, leal, nunca echará en olvido
á su ingrata María,
porque en cuanto á querer y á ser querido
por el alma de Juan no pasa un día.

V

Y como es, para el bueno verdadero,
el sitio en que se nace el mundo entero,
á la choza, vendida, en que ha nacido,
tan alegre y caliente como un nido,
dando vueltas en círculo incesante
aspira con placer, siempre que pasa,
la esencia, más que todas penetrante,
de las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazón taladra
al recordar su loca fantasía
aquel tiempo feliz en que dormía
sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando, iba y venía,
¡con qué gozo tan puro
columpiaba el cordel que se extendía
desde el sauce llorón á un viejo muro,
soñando ver en él que, al sol colgada,
de un lado al otro columpiada vuela
la ropa de blancura inmaculada
que tomaba, con salvia perfumada,
el olor de los tiempos de su abuela!
En esa cuerda de feliz agüero
veían con placer las campesinas
que, al dar su adiós al nido del alero,
descansaban sobre ella un día entero,
antes de ir hacia el Sur, las golondrinas.
Y un día en que embriagaban sus sentidos
oleadas de perfumes y de ruidos,
al mirar con encanto verdadero
que entonces festoneaban ese alero,
entre nuevos y viejos, ocho nidos,